

## La Odisea del Voluntariado

Más de veinte jóvenes provenientes de todo el mundo se conocerían en el mes de febrero del año 2002 para comenzar una verdadera aventura durante cuatro inolvidables meses. El objetivo: capturar mediante una cámara digital cuarenta y nueve proyectos de voluntariado en cuarenta y nueve países distintos de este complicado pero hermoso planeta.

El origen casi utópico de la Odisea tiene una clara explicación: este sueño forma parte del Año Internacional del Voluntariado establecido por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) en el año 2001, año que fue testigo de una larga cadena de actividades de reconocimiento y difusión de la "profesión" voluntaria. A tales efectos, la Odisea tendría la gran responsabilidad de ponerle punto final al ciclo, haciendo hincapié en la importancia de esta tarea tan poco conocida. El evento contaría con el respaldo financiero de los Voluntarios de Naciones Unidas, el Gobierno Belga, y trabajando en estrecha colaboración con el Servicio de Voluntarios de la Comisión Europea.

Y así fue como en un día caluroso en la ciudad de Buenos Aires, quien les escribe recibía un curioso email reenviado por la Universidad del Cine comunicando este idealista evento con sede en Bélgica en busca de realizadores, periodistas y soñadores de todo el mundo. ¿Recorrer el planeta filmando? –me pregunté- demasiado perfecto para ser real. Tres meses más tarde y luego de haber enviado mi curriculum vitae y un video con algunos de mis trabajos, un mensaje me comunicaba: "Congratulations you've been chosen as one of the reporters to be part of the Volunteer's Odyssey ..."

El martes 19 de febrero de 2002 luego de cruzar 11.000 kilómetros, disfrutar de un almuerzo en el avión, una cena, dos películas suficientemente malas y un desayuno llegaría a la sede del evento. Denominada la "Capital de Europa", Bruselas es el centro no solo geográfico del viejo continente, sino también político y económico de mayor importancia, congregando muchas de las actividades de aquel hemisferio en el imponente edificio de la Unión Europea.

Bajé del avión y el verano porteño se transformó inmediatamente en una

llovía fría que pintaba de gris mi primera visión de la capital belga. Georges Drouet ó "Jorge" como lo llamaríamos los latinos (ya que había vivido diez años en México), aparecería en el aeropuerto con lo que sería su habitual portafolio negro, aquel que guardaba toda la Odisea en papeles y que poco a poco se convertirían en sueños hechos realidad. -¿Ya estás aquí Gabriel, ah?- A Jorge lo había conocido solamente a través de la foto que enseñaba en la página web de la Odisea y sólo se había comunicado conmigo vía teléfono dos veces antes de embarcarme hacia el otro lado del mundo. - Sí, ya estoy aquí...increíble, no? - le contesté.

Con mi mochila, mis dudas y expectativas bajo la lluvia, nos dirigimos hacia su auto, un Renault 18 break blanco que sería nuestro transporte a lo largo de la Odisea. Dentro del mismo, su esposa y su hijita de solo un año, Sirka, me darían la cordial bienvenida. Luego de mis primeras palabras en Inglés (el idioma de esta aventura) y las preguntas y respuestas habituales del momento, comenzaríamos un recorrido por la melancólica Bruselas hasta llegar a lo que representaría mi segunda casa durante los tres largos meses que significó la Odisea del Voluntariado: el "bunker".

Ubicado en un barrio de inmigrantes árabes y africanos, un extraño edificio de tres pisos se elevaba mostrando sus grandes ventanales y su pinta de "abandonado". La dirección: Gheude 49, hoy difícil de olvidar. Allí convivimos durante más de cuatro meses documentalistas, periodistas y realizadores de todo el mundo: Barnabas, de Hungría; Manu de Tchad; Sandra de España; Pablo de Francia; Freddy del Congo; Valeria de Perú; Przemek de Polonia; Julius de Kenia; Anais de Canadá; Shinya de Japón; Jyri de Finlandia; Dani de Alemania; Ricardo de Brasil; Chris de USA; Sandya de la India; Walter de Italia; Itamar de Israel; Cecile de Bélgica; Hari de México; Dishad de Bangladesh, Jane de China y yo, Gabriel de Argentina.

De allí mismo partiríamos a los lugares más inhóspitos de este planeta. Desde La isla de La Reunión al sur de África, hasta la fantástica China, pasando por la asombrosa Guyana Británica en Latinoamérica y atravesando los mares para toparnos con el último rincón de la tierra: Nueva Zelanda. Nombres de países

como Vietnam, Camerún, Nepal, Tanzania, Papua Nueva Guinea, Rwanda, Croacia y Botswana se convertirían en algo más que nombres. Pasarían a ser reales, no sólo un espacio trazado en el mapa. Idiomas, culturas, atardeceres, sonrisas y necesidades, todas ellas involucrando al mismo personaje en común: el hombre.

Durante los meses previos a la Odisea, Jorge se había encargado de enseñarnos en la página web de esta aventura no solo los distintos destinos que más adelante se harían realidad, sino también todos aquellos rostros de los "nuevos voluntarios" que recorrerían el mundo filmando. Las distintas fotos junto a sus correspondientes curriculum ads adornaban el ciberespacio, sumándose a una dirección de correo electrónico en común (email group) en donde comenzaríamos a conocernos.

Cada equipo compuesto de un grupo de tres jóvenes, hombres y mujeres, se formaría en el email group según sus propios criterios. Teniendo en cuenta afinidades personales, formas de comunicación (idiomas) y responsabilidades a la hora de trabajar en equipo. Una elección nada fácil teniendo en cuenta que el ciberespacio es un medio extraño para decidir sobre personas con las cuales conviviríamos durante cuatro meses. A su vez, los destinos a visitar por cada equipo serían seleccionados por los integrantes de la Odisea, así como también por un sistema de votos, el cual Jorge se encargaría de realizar, adjudicando de manera objetiva y equitativa los distintos países. De esta manera mi equipo visitaría los siguientes destinos: Bélgica, México, Australia, China, Camerún, Guyana Británica y Madagascar.

Pues bien, al llegar al "bunker" todas aquellas imágenes de mis futuros colegas se harían corpóreas, la realidad alejaba cualquier rastro de prejuicio o duda. Había llegado en el medio de una de las tantas charlas que mantuvimos durante las primeras semanas y de inmediato, como quien todavía no entiende donde se encuentra, prepararía mi termo para disfrutar de un mate. Mate que pasaría de mano en mano y sería de agrado para todos mis nuevos amigos. Había que estar presente para ver como el chico del Congo le pasaba el mate al finlandés quién aprobaba y agradecía la infusión para luego compartir el nuevo

sabor con el Japonés interesado en aquella especie de té.

Así pasarían mis primeras dos semanas en el "bunker". Conversando, intercambiando opiniones, compartiendo desayunos, almuerzos y cenas. Brindando con todos aquellos rostros, idiomas y costumbres nuevas. Pero no todo era felicidad, las reglas del juego se construían sobre la marcha y nuestro nuevo hogar carecía de camas, calefacción, agua caliente y hasta a veces de comida. Todos de alguna manera habíamos dejado nuestro país de origen para embarcarnos en una aventura. Mucho no sabíamos, y poco a poco nos enteraríamos que Jorge no sólo era el presidente de Prospective Internationale sino también el único miembro visible de la compañía. Y ahora estábamos en sus manos a miles de kilómetros de nuestro hogar.

Pero como alguna vez dijo Friedrich Hölderlin, allí donde arcecia el peligro crece también la posibilidad de salud existencial; o lisa y llanamente, de salud espiritual. Poco a poco se iría construyendo nuestro sueño y los primeros pasajes junto a los equipos de cámara y sonido llegaban una fría tarde de febrero. Seis de los siete grupos partirían hacia sus primeros destinos dentro de la mismísima Europa, mientras que el nuestro, aguardaría en Bruselas dentro de un bunker semivacío cultivando ideas para nuestro primer reportaje: la Odisea había comenzado...

### "I lived in Kosovo"

Mi equipo que en un comienzo se llamaría Baraka y que luego pasaría a llamarse "Family Bonanza" estaría integrado (en principio) por Jane Wong, de nacionalidad y pasaporte inglés pero de familia china, y Dishad Husain, también de nacionalidad inglesa pero proveniente de Bangladesh.

El idioma, herramienta fundamental para comunicarse, por demás esta decir que fue el inglés, ya que tanto mi Cantones como mi dialecto Bangoli no están muy desarrollados. Pasando los días la extrañeza de hablar otra lengua se fue transformando en cotidianeidad hasta lograr que mi cabeza alguna que otra vez leyera mis pensamientos en el idioma anglosajón.

Los distintos equipos tendríamos la difícil tarea de viajar al sitio de voluntariado disponiendo de entre una semana y trece días para elegir los elementos del reportaje y filmarlos en formato digital (DV). Al finalizar ese lapso de tiempo deberíamos regresar al "Cuartel Central" de la Odisea, en Bruselas, para ceder los "tapes", realizar chequeos técnicos y prepararnos para el próximo destino. Tengan en cuenta que muchas veces solo dispondríamos de uno ó dos días de espera hasta el próximo viaje y nuestras tareas durante ese corto lapso de tiempo irían desde las más sencillas, como desempacar ropa de invierno y empacar ropa de verano, hasta las más complicadas como conseguir los respectivos visados y permisos de filmación.

Pero como les conté, el "bunker" había quedado vacío y era difícil explicar la sensación de extrañar a personas que solo habíamos conocido un par de días antes. Es que nuestro tercer piso, lugar de las habituales cenas comunales (el significado de cena es demasiado amplio, preferiría llamarla variedades de pastas y arroces), quedaba demasiado grande para tres extraños sujetos que comenzaban a conocerse. Pero nuestro primer destino estaba escrito y una fría Bruselas nos estaba esperando.

Ubicada en el centro de Europa, la capital de Bélgica definitivamente es una ciudad que respira y vive la inmigración. Detrás de aquellas casitas de estilo flamenco que pintan una ciudad de muñecas se esconde algo de mayor importancia. Basta con caminar unas cuadras por el centro o sumergirse en el metro para contemplar con asombro la variedad de razas que conforman la "Capital de Europa".

Con mi equipo de Odisiacos, Jane y Dishad, durante 7 días y 6 noches nos involucramos con un proyecto piloto local ubicado a pocos minutos del "Bunker" sobre el canal de Charleroi. Su nombre: SAMPA (Service d'Aide aux Molenbeekoïes Primo-Arrivants), organización no gubernamental que se encarga de brindar ayuda tanto a refugiados como así también a inmigrantes (ya sean legales o ilegales). Tratando de orientar a aquellos "nuevos ciudadanos" (a veces familias enteras) a insertarse en la comunidad, disponiendo de programas educacionales, un departamento de ayuda psicológica y la total confidencialidad en asistencia

legal para concretar regularidades o asilos.

Tratar de representar mediante una cámara de video digital el sentimiento del inmigrante o refugiado no era una misión fácil. Nadie quiere dejar en el olvido a su propia tierra, a su familia y seres queridos, pero las circunstancias de este mundo hacen que miles y miles de personas migren día a día transportando sus sueños a suelos extraños.

El caminar por Buenos Aires me había nutrido de una débil noción sobre el significado de la palabra inmigración. Realidades distintas, pero no por ello menos duras de nuestros países hermanos como Bolivia, Perú y el Paraguay buscando su lugar en la Argentina. Así como miles de argentinos huyeron de un país acorralado por la corrupción y la inseguridad buscando suerte en Europa o en los EE.UU.

Pero Bélgica y en este caso Bruselas vive la inmigración dentro de otro contexto. Durante aquellos días pude conversar con personas que no solo habían llegado en busca de un futuro mejor, sino que también habían escapado del horror de la guerra, de la tortuosa persecución política, de la injusticia y de la muerte.

Rostros tímidos, callados, con miradas difíciles de soportar. Mundos inimaginables y solo a veces visibles a través del frío medio televisivo, con carácter de película de ficción. Nada más ajeno a la realidad.

Marruecos, Nigeria, Albania, Irán, Rwanda o Vietnam son solo algunos de los países de origen de aquellas personas. Personas como aquel profesor universitario de nacionalidad Albanesa que se prestó a contarnos su historia. Un relato que nos creaba un nudo en la garganta que solo él sería capaz de desatar con una tímida sonrisa. El ojo de la cámara difícilmente algún día podrá captar sentimientos, pero si pudo congelar en el tiempo unos ojos que se llenaron de lágrimas durante el relato, lágrimas contenidas que él mismo se esforzaría por no dejar caer, como si algo suyo se fuera con cada gota. Su esposa, siempre junto a él, perdía la mirada en el infinito, viajando una y otra vez a aquel destino que alguna vez fue su hogar.

Nuestros oídos eran testigos de aquella triste canción que hilvanaban las palabras en Albanés. A ninguno de nosotros nos hizo falta saber aquel idioma

para comprender tanta impotencia, tanto dolor. Su familia había soportado el absurdo de una guerra, Kosovo. Las bombas habían herido gravemente a uno de sus hijos y el lado oscuro de la naturaleza humana los había forzado a decidir por sus vidas, huyendo de su amada tierra. Su pequeño hijo, aún en el hospital, no deja de preguntar por su perrito, aquel que tuvieron que abandonar en el camino para poder salvarse. Sus padres todavía mantienen la promesa e insisten que volverán por él.

El profesor y su mujer yacían sentados en una de las tres aulas que tiene SAMPA para enseñar francés. Sosteniéndose mutuamente, alimentando aquel amor que puede construir nuevamente dentro del dolor sin olvidar el pasado. El profesor había escapado de la guerra, aquella guerra que todos vimos desde la comodidad de nuestro hogar. Recuerden bien esta simple palabra: "hogar".

### "Extraño Argentina "

Nos despedimos del profesor y su familia y caminamos de vuelta al Bunker como casi todos los días. Pero esta vez lo haríamos de otra manera, observando todo como por primera vez. Decidimos no hacer el mismo trayecto de siempre y nos desviamos a la plaza principal de Bruselas ubicada en el centro mismo de la ciudad. Su nombre: "La Grand Place". De camino, tropecé con una manifestación socialista a favor de la Argentina y del "cacerolazo". Un puñado de Belgas con pancartas y remeras del "che" Guevara, entonando las mismas canciones populares de las cuales había sido testigo aquella histórica noche de diciembre en Plaza de Mayo. La diferencia y extrañeza de todo el asunto era escuchar cantar a estos sujetos en un tibio y acentuado español -francés, que no hacía más que parodiar y satirizar aquel acto.

Una vez en el bunker, algunos de los equipos ya se hacían presentes nuevamente. Había pasado la primera etapa y poco a poco todo iba volviendo a la "normalidad". Los pasillos de un concurrido edificio eran testigos de historias de voluntariado a lo largo y a lo ancho del viejo continente.

Nuestro equipo, se divertiría y hacía divertirse con aquella primera aparición

en la televisión local, fama de treinta segundos que nos mostraba abrigados hasta el cuello, comentando acerca del frío que azotaba a la ciudad y lo mucho que extrañaba el verano argentino. Un espectáculo digno de verse ya que nuestras tibias palabras habían sido traducidas y dobladas al francés, al mejor estilo cinematográfico.

Aquella primera aparición mediática también serviría para un sorpresivo reconocimiento en un bar durante una de las tantas salidas nocturnas de los Odisíacos, pero lamentablemente no alcanzaría siquiera para un par de cervezas gratis.

### "¿Visa para México?"

Casi sin darnos cuenta, nuestro próximo sitio estaba a la vuelta de la esquina y el martes cinco de marzo mi equipo llega al aeropuerto internacional de Bruselas, de la mano de Georges Drouet y su "fantástico" Renault, para continuar nuestro camino rumbo a México. El objetivo: la organización no gubernamental MAS (Medicina y Asistencia Social) y su labor en la ciudad de Tlapa, en el estado de Guerrero.

Apremiados por el tiempo, nos acercamos al mostrador de la compañía aérea para realizar nuestro correspondiente chequeo. United Airlines había sido la elección de la agencia de viajes que manejaba la Odisea. Una elección no muy aplaudida por mi compañero de origen musulmán, Dishad, recordando ciertos actos de racismo en los EE.UU luego de los sucesos del 11 de septiembre de 2001. Acto que ya dejaba secuelas, sobre todo en la seguridad, observando una temible obsesión en las medidas preventivas antes del embarque. Aunque un tanto previsible, tratándose de una compañía estadounidense que haría escala en Washington con casi 350 pasajeros a bordo.

Dishad se había afeitado cuidadosamente para no contribuir a confusiones y paranoias. Jane no mostraba mayores inquietudes y trataba de tranquilizar a l impaciente Dish. Mientras que yo simplemente me divertía con los cuidados de mi compañero y compartía risas sin imaginarme todo lo que me tocaría vivir.

A paso de tortuga, la fila laberíntica fue avanzando hasta dar con el primer chequeo de seguridad. Unos hombres trajeados a los que solo le faltaban los lentes oscuros cumplían con las habituales preguntas previas a un vuelo. Tanto para Jane como para Dish, el chequeo sería simplemente rutina, gran sorpresa para Dishad a quien su mente lo había preparado para una escena de película al mejor estilo de Chuck Norris. Pero toda la ficción estaría reservada para el argentino, porque para mí el tema seguridad sería otra historia.

A partir de los cacerolísticos sucesos ocurridos en la Argentina, los Estados Unidos habían decidido establecer nuevamente el sistema de visas para con nuestro país. Una decisión que había sido tomada apenas unos días antes de mi llegada a Bruselas y que me tomaba por sorpresa. La falta de aquel famoso papel me impedía abordar el vuelo. ¿La Odisea llegaba a su fin para mí? Recuerdo los sentimientos que sobrevolaban (obviamente sin visa) mi mente. Por un instante creí que todo se acababa, que debería aguardar encerrado otra semana más en el bunker esperando por mi equipo. Tanto trabajo, tanto sacrificio y ahora...

Luego de mis súplicas, y de varias llamadas y consultas por parte del personal de la aerolínea, los hombres de negro decidían darme la posibilidad y única opción de pagar 58€ de "multa". Dinero que Jorge no poseía en ese momento y que, con el tiempo persiguiéndonos, debería ir a buscar inmediatamente, ya que la hora de embarque había comenzado.

Pensé que no haría a tiempo, el mostrador de United mantenía abiertas sus puertas sólo por mí y sus empleados se divertían apostando por mi situación. Pero cualquier pronóstico se terminaba con la llegada de aquel portafolio negro y su cansado dueño: -acá está el dinero, cabrón. ¡Qué bellas palabras! Luego del doloroso pago y una corrida feroz a través de los interminables pasillos del aeropuerto Belga, llegaría a tiempo para abordar el avión. Transpirado y confundido me daría cuenta de un pequeño detalle. El ticket Washington -Mexico DF no se encontraba entre mis papeles. ¿Se me había caído?, ¿habían olvidado entregarme tan preciado papel? Demasiado tarde, el avión ya corría por la pista, pronto a despegar. Otra Odisea hasta llegar a suelo Mexicano había comenzado.

## "Aquel turbante salvador"

Un semi-agradable vuelo de no más de once horas fue testigo de mis inquietudes e impaciencias. ¿Podría llegar a destino? Solamente restaba llevar mi asiento a posición semi horizontal, colocarme los auriculares y disfrutar de un zapping en aquella pequeña pantalla personal haciéndole frente a la turbulencia que nos bailoteaba de lado a lado.

Llegamos a Washington y una vez más, mis músculos estomacales se mostraban inquietos. Una voz femenina nos avisaba que debíamos pasar por Aduana antes de cambiar de vuelo rumbo a México. Nuevamente, aquella fila laberíntica nos enfrentaba a mostradores de sellos gigantes y caras aburridas. Esta vez, el reloj nos informaba que no habría tiempo para retrasos. ¿Retrasos, dije? Jane y Dishad harían funcionar su pasaporte británico y la Aduana sería nada más que otro timbre para su colección. ¡Pero recuerden que atrás vengo yo! Una señora de pelo rojizo y cara arrugada respondía a mi saludo. Amablemente y a su pedido de visa le entregaría mi preciado papel azul de 58 €, papel que no me serviría de nada ya que me mandaría a un segundo control de aduana. Aquellos que se esconden detrás de vidrios espejados y juegan con la imaginación de uno.

No fue fácil encontrar la puerta de acceso, todo parecía un gran espejo. Al entrar me toparía con un joven y falso John Wayne, del cual su pedantería dejaba un insostenible vacío en aquella habitación. Las explicaciones de mi caso descansarían impotentes y se sumarían a las demandas de una señora de origen Camerunés, a quien este hombre de raza aria se encargaría de humillar con sus connotaciones racistas. Pero para finalizar la espera del lector y no abundar en detalles, les cuento que pensé que había perdido el vuelo, que la odisea había terminado para mí antes de tiempo y que mis padres recibirían una llamada del gobierno estadounidense para comunicarles que su hijo estaba detenido en Washington. Toda esta película surgía en mi cabeza mientras el imperturbable John Wayne, desinteresado en mis plegarias, me invitaba a tomar asiento con acentos de grandeza.

Gracias al Dios de los aeropuertos y sobre la campana, la aprobación de mi

visa y una nueva impresión del ticket aéreo llegaría junto a un señor mayor de origen hindú. Los cuatro: el ticket, el señor, su turbante de color verde y yo, correríamos hacia la puerta de embarque. Solo una persona restaba por subir al avión, ¿adivinen quien era? -Buenas tardes- me saludaba un hombre con un amigable y entrañable acento Mexicano. Debo retener su pasaporte hasta nuestra llegada al espacio aéreo Mexicano, ¿comprende? No le respondí, solo agradecí con la mirada y me di vuelta para abrazar y despedir a aquel salvador hombre Hindú. Nuevo Dios de los aeropuertos con el que solamente había intercambiado palabras en un inglés extraño, digno de dos extranjeros. Pero ya nada importaba, nos habíamos entendido a la perfección y me había salvado la "vida", el argentino abordaba el avión.

### "Bienvenidos a Tlapa..."

Cuatro horas, veintinueve minutos después de haber dejado el "mítico" aeropuerto de Washington DC, pisábamos suelo Mexicano. Al salir de una "despreocupada" aduana azteca, el trajeado Gerardo Escamilla, Director de Proyectos de la Organización No Gubernamental "MAS" (Medicina y Asistencia Social), nos aguardaba pacientemente. Luego del cordial saludo y las habituales presentaciones, comenzábamos un recorrido que concluiría en un hotel a pocos metros del famoso "Ángel" que custodia la capital Mexicana. Habían pasado más de quince horas y todavía seguíamos en movimiento.

Al día siguiente, un nuevo amanecer (esta vez visto desde la ventana del hotel y no desde la ventanilla de un avión) nos levantaba. El cambio de horario nos había jugado una mala pasada y muy tempranito a la mañana los tres Odisíacos nos encontraríamos vagando por el lobby del hotel. Nuevamente Gerardo, esta vez con una gorra y unos pantalones cortos, sería el encargado de pasar por nosotros al mando de una pick up de color negro con las inscripciones "MAS" a los costados. El objetivo: la región montañosa de Tlapa a 200 kilómetros al sur del DF, en el estado de Guerrero.

Paradójicamente, el mismo estado que se nutre de una imagen paradisíaca

con la bonita Acapulco, también es el hogar de Tlapa. Una zona que lejos de ser un lugar turístico, nos sitúa en una región de alta marginación y pobreza extrema, afectando a 400.000 habitantes ubicados en dieciocho municipios. Hablamos de poblaciones en su mayoría indígenas y monolingües, con problemas graves de salud y alimentación.

Una carretera sinuosa que comunica al Distrito Federal con Tlapa, nos iba introduciendo al escenario donde se desarrolla la actividad voluntaria: clima seco, tierra infértil y temperaturas medias de 30°C. Lejos quedaba ya, aquella fría Bruselas sin calefacción.

Medicina y Asistencia Social (MAS) nace en 1993 con un proyecto de ayuda médica, educacional y social bajo el brazo. Es el resultado de la unión de un grupo de profesionales, estudiantes y familias con una clara misión: sumar esfuerzos para atender de forma permanente a aquellas personas en condiciones de extrema pobreza. Brindándoles servicios integrales de salud, nutrición y capacitándolas para elevar su calidad de vida.

Llegar a Tlapa nos tomaría casi todo el día. Siete horas de recorrido y una parada obligada para almorzar comida local, culminarían en una carretera polvorienta que asomaría tímidamente un viejo y aburrido cartel: "Bienvenidos a Tlapa".

Gerardo gira la perilla de la radio y apaga la fiel compañía de la música. Conduce por entre calles de tierra de una ciudad poco iluminada. Trato de escaparle por un segundo al aire acondicionado y abro la ventana, pero una ola de calor golpea contra mi cara percatándose de nuestra llegada. Asomo mi cabeza y miro al cielo, los misteriosos sonidos de la montaña se encienden y las estrellas son testigos de nuestra presencia. Unos minutos más tarde, Gerardo detiene la pick up junto a la Iglesia principal de Tlapa, ubicada en el centro de la ciudad. Con una voz apagada que denotaba cansancio nos avisa -Llegamos-. Los tres descendemos y caminamos cincuenta metros con todos nuestros equipos a cuestas, hasta el único hostel de la ciudad: "Hostal del Sol". Allí reposaríamos nuestras pertenencias y rápidamente cruzaríamos la plaza principal de Tlapa para llegar a la cordial cena de bienvenida.

Varias familias que colaboran activamente con MAS, gentilmente se habían ofrecido a prepararnos una serie de platillos locales, especialmente elaborados para los cansados Odisíacos. Nuestros agotados rostros y la evidente falta de hambre, hicieron comprender a nuestros amables anfitriones que agradecíamos su hospitalidad pero que necesitábamos descansar.

Y así, nuestra primera noche en suelo Tlapaneco se apagaba lentamente. Jane tendría su premio: una pequeña pero cómoda habitación para su estadía. Mientras que Dihad y yo compartiríamos el cuarto número 16, sobre el primer piso y con una hermosa vista al zócalo de la ciudad. Culminábamos así, en un dormir profundo que se vería custodiado por el sonido de las aspas de un ventilador holgazán, que no realizaba esfuerzo alguno por realizar su trabajo.

Cinco de la mañana. ¿Recuerdan que les comenté la cercanía de nuestro hostel con la Iglesia? Bueno, aquel primer amanecer fue invadido por el retumbar de las campanas, dando aviso a toda la población del comienzo de un nuevo día. Para nosotros, ese aviso no era más que un dolor de cabeza y un despertar seguro que se repetiría cada maldita mañana.

Gerardo, quién también dormiría a pocos metros de nuestra habitación, al ratito nos llevaría a desayunar junto a los voluntarios, quienes desde la capital del país habían llegado por la mañana para realizar varias tareas comunitarias durante el fin de semana. El lugar de encuentro sería la "Casa Católica", antigua sede de los improvisados consultorios médicos de la organización y ahora cocina y comedor de MAS.

Una vez en la camioneta y de camino al desayuno, tropezaríamos con el primer domicilio utilizado por los Voluntarios para dar asistencia médica. Una abandonada construcción a un costado de la calle principal que apenas dejaba ver su conocida inscripción: la Cruz Roja. Gerardo detuvo el vehículo por un instante y recordó aquel pasado. - Es increíble lo que hemos logrado - dijo.

Una vez dentro de Casa Católica los voluntarios no tardaron en llegar. Gente de todas las edades y condiciones sociales se unían para cumplir un solo objetivo: ayudar a los más necesitados. Entre cafés, tortillas y jugos de naranja, las conversaciones ilustraban el esfuerzo de MAS y su gente. Mientras tanto, mis

compañeros de equipo, perdidos en la soledad de un idioma extraño, aprendían tímidamente a presentarse en un tono gracioso e extranjero.

El orgullo de MAS, aquel del que tanto hablaban, se elevaba a pocos metros de donde estábamos. Esta misma organización que en un comienzo había atendido en habitaciones prestadas y consultorios improvisados hoy contaba con la reciente inauguración de una primera "Unidad Medico Quirúrgica" llamada Dr. Rubén Martín. Primera etapa de un proyecto mucho más ambicioso que planea seguir edificando y ayudando a la población Tlapaneca. Brindando no solo asistencia médica y medicación gratuita, sino también alcanzando los graves problemas de nutrición, capacitando a la población con programas ecológicos y de desarrollo comunitario. Colaborando también con los proyectos productivos de la zona, como los son el bordado, la costura y la creación de sombreros .

Nuestro primer día de trabajo recién comenzaba y nuestros objetivos del reportaje se centrarían en recorrer las principales comunidades indígenas de la zona junto a una unidad medica móvil, estrenada con lo último en tecnología. Siendo escoltada además por nuestra ya famosa pick up negra, cubierta de todo tipo de provisiones. Nuestro primer desafío: Mixtecapa.

### "Me llamo Jesús"

A un par de horas de camino y siguiendo la única ruta asfaltada de la zona, Mixtecapa se esconde entre montañas, allí donde la tierra dialoga con el sol y el desierto se transforma en interminables valles. De mayoría indígena, la población se ve seriamente afectada por los problemas de salud, dificultades que van desde simples resfríos, hasta casos de niños con principios de desnutrición.

El principal ingreso de Mixtecapa se centra en la creación de unos simpáticos sombreros de paja, hilvanados en su mayoría por la población femenina, dando muestra de tradición y cultura. Pero aquellos sombreros no pueden apagar las necesidades de un pueblo aislado. Para venderlos, los hombres bajan al centro de Tlapa y consiguen solo centavos por ellos, escaso dinero que se termina gastando en un boleto de vuelta a las montañas de Mixtecapa.

Mientras comenzábamos a grabar imágenes del pueblo, la unidad médica MAS se establecía para dar consulta a un costado de la ruta. Una fila tímida pero importante de niños y niñas indígenas esperaban ser atendidos. La barrera de la comunicación para los médicos muchas veces se transforma en un problema ya que la mayoría de la población no habla español. Gentilmente, el maestro de la comunidad, un personaje queridísimo que camina con su mochila a cuestas recorriendo las comunidades de la zona, sirve de nexo entre el paciente y el doctor.

Nuestro equipo continuaba recolectando imágenes, tratando de respirar la belleza del paisaje pero cuidándose de un sol más cercano y temible. A medida que avanza la jornada, un personaje curioso se acerca a nosotros. Jesús, un niño indígena de tan solo cinco años de edad nos invita a su pequeño hogar, construcción improvisada de chapa y madera que protege del frío nocturno a su mamá y a su hermanito de apenas meses de edad.

Jesús surgiría desde el interior de su casa para convidarnos con unos frutos. Frutos que posiblemente significaban su único alimento del día. Pero una de las voluntarias que acompañaba la misión de MAS nos sugeriría - Acepten, no digan que no, es de mala educación -. En la soledad y la extensión de la montaña nuestro equipo culminaba aquella jornada de filmación junto a Jesús y su familia. Compartiendo aquellas frutas y una vista imponente que nos quitaba el habla. Todavía faltaba mucho por descubrir.

### "Haguatepec"

Al otro día, visitaríamos una de las comunidades indígenas más cercanas a la ciudad de Tlapa, Haguatepec. Por su proximidad, había sido una población de vital importancia a la hora de trabajar junto a MAS.

Allí conoceríamos a Doña Paula, una de las líderes naturales de la comunidad, pilar fundamental de unión entre la población indígena y la organización, ya que muchas veces las comunidades indígenas no aceptan ayuda ajena a su cultura, haciendo más difícil el trabajo de MAS. Es por eso que,

personas como Doña Paula, son los principales responsables del éxito de los programas comunitarios.

Hahuatepec hacía solo unos años había sufrido la muerte de un niño por falta de alimentación y el programa nutricional de "papilla" se había insertado exitosamente entre la comunidad indígena. Dishad, Jane y yo, pudimos asistir a la enseñanza por parte de Doña Paula de la creación de este alimento a base de maíz que permite una correcta nutrición para los niños de la zona.

Dejamos a los voluntarios trabajando en la comunidad y nos dirigimos con Gerardo hacia otra de las tantas actividades que realiza MAS en Tlapa. Esta vez, la Cárcel de aquella ciudad sería el terreno de una valiosa experiencia.

### "El gol que no festejé"

Un grupo de jóvenes de la ciudad de México nos estarían esperando cerca de nuestro hotel. Estudiantes de bachillerato se habían ofrecido como voluntarios y realizaban distintas labores comunitarias como aquella visita a la cárcel local para compartir un día y jugar al fútbol con los casi setenta reclusos que habitan el recinto.

Nos apretujamos en la pick up y Gerardo conduciría hacia los confines de la ciudad. Allí un edificio precario, rodeado de alambre de púa enseña su condición. Un guardia un poco pasado de peso, bajaría unas escaleras hasta dar con nosotros. Gentilmente dejaría su arma a un costado y nos abriría el portón. Al subir las escaleras depositamos todas nuestras pertenencias y firmamos nuestra condición de visita en una especie de oficina al descubierto. Otro candado finalmente se abriría para cerrarse por un par de horas. Habíamos entrado al corredor principal de la prisión y los voluntarios, familiarizados con aquellas paredes, nos guiarían hacia el lugar de encuentro: el "estadio" de la cárcel de Tlapa.

Rodeado por unas precarias casillas, hogar de los reclusos, una cancha de fútbol 5 se abre camino en el centro del edificio. Como quien no quiere la cosa fuimos recorriendo los bordes de la cancha escoltados por un guardia curioso que

simplemente quería ser un espectador más del cotejo.

Los reclusos comenzarían a salir de sus guaridas visiblemente emocionados por la visita. Dishad y yo habíamos decidido no perder la oportunidad de jugar al fútbol y vestíamos para la ocasión. Jane, la única mujer en todo el recinto, se convertiría en la encargada de filmar. Una tarea un tanto extraña ya que la más observada sería ella.

Y así fue como de la nada, seis estupendos jugadores se hicieron presentes vistiendo un conjunto deportivo con las siglas de la cárcel. Equipo que soñaban reestrenar en alguna ocasión fuera del presidio, esperando competir en torneos con la "gente de afuera", como ellos nos llaman. Se encontraban frente a nosotros personas que habían sido encarceladas por un simple robo doméstico y otras que cumplían condenas por cargos de asesinato y violación. Ahora, todos ellos aguardaban por el inicio de tan esperado partido.

Luego de la tradicional foto de los dos equipos juntos, un emotivo público brindó el puntapié inicial. La pelota se puso en movimiento y por poco más de una hora los allí presentes no pensaron en nada más que en el balón. Una experiencia inolvidable que recordaremos siempre. En tre goles, risas y festejos, el fútbol otra vez había fabricado un momento mágico

El atardecer marcaba el final de aquel partido. Los guardias trataban de culminar el juego antes que la noche le ganara al terreno. Todos gritábamos: -¡un gol más! ¡último go! Nosotros no solo no queríamos concluir el partido, sino que también deseábamos convertir algún gol que nos quitará la vergüenza de terminar perdiendo por paliza. Ellos, simplemente no deseaban despertarse de aquel sueño y tener que enfrentarse nuevamente con su realidad, la de volver a una rutinaria vida carcelaria.

Pero el final llegó y los saludos de despedida se transformaron en bromas que no lo eran tanto. -Vengan cuando quieran -ironizó el capitán del equipo -. Aquí nos encontraran siempre.

Así fue como finalmente nos ganó la noche. Una vez más un guardia armado cerraría el candado, pero esta vez, nosotros estaríamos del lado de afuera. Ah, sí, metí un gol. De cabeza y cuando promediaba el segundo tiempo,

pero no lo grité.

### "Faltan solo cinco horas "

Con un dolorido Dish, falta de costumbre a la actividad física, y una sorprendida Jane, por todo lo que estábamos viviendo en tan poco tiempo, volvimos al hostel a descansar y a prepararnos para una nueva jornada. Al otro día una aventura más nos estaría esperando y su nombre ya estaba escrito: "Coyoapa".

Nos levantaríamos allá por las 4:30am, un ratito antes del sonar de las campanas, justo a tiempo para observar a aquel muchacho responsable de tanta puntualidad sonora. En la entrada a nuestro hostel, ya b añados y desayunados, se encontraban voluntarios y médicos dispuestos a otra jornada más de trabajo. Esta vez, un miembro de la comunidad indígena nos acompañaría. Raspin no solo era el presidente del Instituto Nacional Indígena de la zona, sino también el mayor conocedor de la rutas hacia los pueblos más lejanos y el responsable de hacer las veces de traductor.

Cuando me sugirieron que el viaje sería duro jamás me imagine lo que nos tocaría vivir. Por falta de espacio, Dishad, Gerardo (quien le había dejad o el volante a Raspin) y yo, viajaríamos recostados en el interior de la parte de atrás de la pick up. El camino, por llamarlo de alguna manera, sería una especie de montaña rusa con el agregado especial de movimientos laterales, haciendo del viaje un acontecimiento tan divertido (los primeros quince minutos), como insoportable (el resto del recorrido).

Pasaron más de cinco horas de viaje y nuestro fastidio era retribuido por la belleza de los paisajes, excusas perfectas para detener el carro y renovar el a ire. Por fin, la bocina de nuestro "transporte" nos avisaba que habíamos llegado. Coyoapa, a más de 2000 metros de altura, aparecía por entre las montañas dándonos la cordial bienvenida.

Conocida como una de las poblaciones más pobres de México y dentro de las diez más necesitadas de todo el mundo, esta realidad no mediática, se elevaba

por sobre nuestra visión. Precarias casitas a lo largo de un hermoso valle adornan la entrada al pueblo.

Más cerca de un cielo azul, bajamos de nuestro vehículo para encontrarnos con la hermana Silvia, quien se encuentra asistiendo en el lugar desde hace ya más de seis meses. Ella, en trabajo conjunto con MAS tratan de llevar a la comunidad salud, educación y trabajo, la base de una pirámide que trae pan y alegría. Ella misma sería la encargada de enseñarnos la realidad "Coyoapa", un sitio alejado de todo y sin ningún interés por parte del gobierno. Estuvimos solamente unas tres horas recorriendo la población. Tiempo suficiente para sentir la ayuda que tanto necesitan y que MAS hace posible.

Nuestro retorno incómodo e interminable acabaría bien tarde, entrada la noche, en una Tlapa poco iluminada que recibía a sus voluntarios envueltos con tierra de la montaña. Allí donde algunas personas viven en silencio, en el olvido.

### "¿A París?"

Un miércoles 13 de marzo una fiesta al mejor estilo ranchero, nos despedía de Tlapa de Comonfort. Esta vez, nuestra querida pick up era substituida por un autobús que nos llevaría de regreso a la capital Mexicana. Un viaje largo y movido (por lo sinuoso del camino) que se mermaría en el dormir profundo de todos nosotros.

Pero lo que parecía el comienzo de una triste despedida, se transformaría en un susto con final feliz. El viernes 16 de marzo, mi equipo perdería el vuelo hacia Bruselas por un agudo ataque de asma sufrido por mi compañero de equipo Dishad Husain. Luego de varias llamadas al aeropuerto y una visita prolongada al hospital, habíamos perdido nuestro preciado vuelo. La compañía norteamericana no se haría responsable de nuestra pérdida y el seguro de la Odisea nos abonaría un nuevo boleto que de la mano de Air France nos trasladaría a París. Un asustado Jorge se comunicaría con nosotros inmediatamente y repasaría un nuevo plan para los días subsiguientes. El esquema sería más o menos el siguiente...

Teniendo en cuenta que nuestro próximo destino era Australia y que yo no poseía la visa correspondiente, Jorge nos iría a buscar al aeropuerto Charles de Gaulle en París para trasladarme inmediatamente a la Embajada de Australia de esa ciudad. Jane y un reestablecido Dishad, deberían tomar el TGV (Tren de Gran Velocidad) con destino a Bruselas. Allí, el reemplazo Odisíaco de Dishad, no por problemas físicos sino por obligaciones laborales, estaría pronto a llegar.

En efecto, dos días más tarde, el 18 de marzo, luego de diez horas de viaje y un aterrizaje un tanto forzoso (los pasajeros bailoteamos más que en ningún otro aterrizaje), nos encontramos a Jorge esperándonos con su habitual portafolio negro y una sonrisa cómplice: -¿están vivos todavía?

Sin tiempo que perder, Jane y Dishad recibían los correspondientes pasajes de tren y se embarcaban rumbo al bunker. A nosotros, el famoso Renault 12 Break blanco nos estaba aguardando. París, allá vamos...

Una amigable lluvia me recibe en suelo Francés. Todavía mi disco rígido no ha cargado el programa "París" y ando confundido. Pero por alguna razón mis ojos se niegan a parpadear, queriéndolo todo. Aquella sensación se repetiría a lo largo del día. Hacía tan solo una par de horas me encontraba transitando los alrededores de la Ciudad de México, y hoy observo hechizado a través del ventanal de la embajada de Australia en París, la Torre Eiffel. Me pellizco para no caer dormido y me digo a mi mismo "este debe ser el real significado de la Odisea...".

En poco más de dos horas y tras algunas súplicas, Jorge consigue que mi pasaporte luzca otra página más de este mundo. Una anaranjada visa Australiana brilla en mis ojos. Al otro día, sí, leyeron bien. A la tardecita siguiente cruzaría medio mundo para continuar con esta aventura.

Jorge observa la fascinación que todavía cubre mis ojos y me propone recorrer París antes de regresar a la gris Bruselas. Su Renault modelo 86' contrasta alegremente con la paquetería que recorre el centro parisino. Mi mente saca instantáneas a más no poder: la famosa torre, el Louvre, Notre Dame, La Fayette, el Arco del Triunfo. París es mía por una tarde y la lluvia me moja de cultura, arte e historia. Las gotas no me impiden bajar del carro, y observo

alegremente como todas aquellas luces comienzan a decorar la gran ciudad.

Pero como todo lo bueno, concluye demasiado rápido, la luna se hace presente para marcar nuestro regreso. Antes de indicarle a nuestra brújula el nuevo destino, Jorge me invita un apetitoso plato árabe en los alrededores del barrio latino. Lugar pequeño e iluminado que sirve para cobijar nuestras gargantas con sabores nuevos, preparándonos para otra historia dentro de la historia: el viaje a Bruselas.

"El único miembro de la Odisea que durmió con Georges Drouet"

Me hubiera encantado empezar a escribir sobre nuestro tercer destino, Australia. Pero la realidad me obliga a contar un hecho anterior, cuando aquella fría noche de otoño en la ciudad Francesa de Douai, pase una noche con Georges Drouet.

La dulce llovizna era gentilmente barrida por un crujiente limpiaparabrisas. Ya habíamos dejado todos nuestros sueños parisinos atrás y transitábamos tranquilamente por el carril derecho de una autopista, como cualquier otra, con destino a Bruselas. El mítico Renault 12 Break blanco acompañaba al viento con un ruido espantoso, quejándose de su trabajo y temblando con cada arremetida de algún carro que lo pasara.

Jorge había estado sin dormir desde hacía dos días, ya que los problemas de los equipos Odiseos se multiplicaban y nuestra historia solo significaba un ejemplo más de lo que implicaba estar a cargo de semejante aventura. Mis ojos, por otra parte, también comenzaban a cerrarse luego de tantas emociones nuevas y así decidiríamos apagar la calefacción, sufrir el frío y mantenernos despiertos mutuamente con historias de vida que harían conocernos un poco más.

Tres horas nos faltaban para llegar a destino y aquellas historias apagadas por el sueño se extinguían en monólogos sin sentido. Varias veces había caído en sueños profundos pero recordando que mi compañero me necesitaba despertaría para seguir vigilando su sueño.

De repente, como aquellos antiguos aviones de película, uno de los relojes

del panel de control comenzaba a enseñarnos una centelleante luz roja, color que no nos daría una buena señal. Jorge había estado prolongando el cambio de aceite de su carro y ahora éste se había vuelto en su contra, dándose por vencido y disminuyendo lentamente su marcha. ¡Definitivamente, el humo proveniente del capó no era un buen indicio!

Forzosamente debimos detenernos al borde de la ruta, iluminados únicamente por una escondida luna y sus hermanas estrellas. La llovizna continuaba murmurando y Jorge intentaría encender nuevamente el vehículo pero sería en vano, sus herramientas e n la oscuridad de la noche no servirían de mucho y solo una caseta de teléfono allá a lo lejos nos daría una nueva oportunidad.

Jorge llamaría al servicio de emergencia de la autopista "A1", aquélla que se dirige hacia el norte del país franco y un remolque sería enviado en el transcurso de una hora. Tiempo que debimos aguardar dentro de un Renault transformado en refrigerador mientras los titánicos camiones pasaban a gran velocidad, haciendo temblar al débil carro y a quien les escribe. Varias veces bajaría del vehículo eligiendo con preferencia un rápido congelamiento a la espera de un choque.

La situación ya comenzaba a desbordar nuestra paciencia cuando una luz anaranjada se haría presente allá a lo lejos. La señal sería de nuestro remolque, un vehículo de proporciones gigantescas que nos alejaría del peligro de la banquina. Su conductor, un hombre de proporciones iguales a las de su vehículo, escondía su acento francés bajo un pequeño habano que seguramente haría durar toda la noche.

Sin muchas presentaciones, recorre con su mirada al derrotado Renault y de inmediato, luego de un par de pruebas, encuentra la falla. Aún con su cigarro en la boca, prepara las cadenas que atan a nuestro querido compañero a su vehículo y así, viajamos escasos kilómetros hasta dar con su garaje. Un espacio que, de cara al cielo, se convertiría en el lugar de descanso para el único móvil de la Odisea.

Impávido, aquel hombre le haría firmar a Jorge una serie de burocráticos

papeles y sin decir más, se despediría de nosotros con un tibio movimiento de manos. Dejándonos junto a todas nuestras pertenencias en la calle y a merced de una fría noche francesa. ¿Hace falta recordarles que al otro día debía tomar un avión rumbo a Australia?

Luego de varias llamadas que pretendían no gastar la única batería del celular, Jorge conseguiría que el seguro de la Odisea se encargara de lo demás. Un taxi pasaría por nosotros a las 2am y su conductora nos abriría las puertas dejando escapar una suave melodía caribeña. Esta dama nos conduciría al ritmo de Bob Marley a un hotel en Douai, una pequeña ciudad al norte de Francia, en donde pasaríamos el resto de la noche en aquel hotel de la cadena Ibis.

A la mañana siguiente, los dos aprovecharíamos un incluido desayuno para cargar provisiones en nuestros bolsos y esperar la llamada de la compañía de seguros. Aquella que se encargaba de comunicarnos que poseíamos dos boletos en primera clase para una vuelta segura en TGV a la estación Garde du Midi, a pocas cuadras del bunker en Bruselas.

### "Yoga en Bangkok - Yoga en Wollongong"

Miércoles 20 de mayo. En mi diario de viaje se lee: "estoy en Bangkok, ¡¿queeee?!". Así es, luego de diez horas de viaje y una escala previa en Londres, estaba en Tailandia. El vuelo establecía otra parada obligatoria para recargar energías rumbo al destino final: Sydney, y nuestro equipo ya contaba con su flamante y "mística" incorporación proveniente de México. Hari Camino, sería nuestro divertido cómplice durante los siguientes odisíacos días.

El descanso de apenas un par de horas en la capital asiática nos había servido para estirar las piernas, lavarnos la cara y jugar con el diminuto cepillo de dientes de la aerolínea. Jane y yo conversábamos sentados, esperando la llamada de abordaje mientras que Hari utilizaba la sala del aeropuerto para una relajada sesión de yoga. Sus pies, se elevaban por entre las cabezas de los más de 300 pasajeros que se encontraban allí presentes y al mejor estilo "bicicleta" se mecían por el aire, provocando nuestras risas.

El viaje continuaría y una jornada más tarde, luego de haber viajado en el tiempo retrocediendo un día y habiendo visto dos amaneceres desde la ventanilla del avión, llegábamos a Sydney. El cielo más azul que había visto en mi vida nos aguardaba a la salida del aeropuerto Australiano. Allí, el contacto de nuestro reportaje, Laura Goodin, permanecía junto a un carro de la organización a la que deberíamos documentar: State Emergency Service.

El SES, nombre por el cual se lo conoce, fue formado un abril de 1955 luego de las desastrosas inundaciones a lo largo del estado de New South Wales (NSW) durante aquél año. El gobierno reconocería por entonces la necesidad de un cuerpo disciplinado y entrenado de voluntarios que con conocimiento local, pudieran ser capaces de ayudar a la comunidad durante tales desastres. En estos momentos, el SES cuenta con unas 230 unidades ubicadas en el estado de NSW integradas en su mayoría por más de 9.000 voluntarios, todos ellos, fácilmente reconocibles por sus overoles anaranjados. Es sin lugar a duda un caso extraordinario en donde la sangre de esta organización es pura y exclusivamente voluntaria.

Nuestro contacto, Laura, era una mujer norteamericana que hacía pocos años se había mudado a tierras australianas. Ella sería nuestra compañía durante nuestra estancia y nos trasladaría a la ciudad de Wollongong. Allí, a una hora de camino sobre la costa al sur de Sydney, encontraríamos el cuartel general de SES, nuestro principal objetivo para el reportaje de la Odisea.

Durante nuestro viaje terrestre, una lluvia pasajera no nos impediría observar las secuelas de aquellos terribles fuegos forestales, que a finales del año 2001 habían acorralando a la ciudad de Sydney. Más tarde nos enteraríamos que el cuerpo de voluntarios de Wollongong había peleado palmo a palmo con aquel fuego, en situaciones que muchas veces hicieron peligrar la vida de los rescatistas.

Llegamos a la ciudad difícil de pronunciar: Wollongong. Laura nos introduce a modo de city tour los principales lugares de la tranquila localidad, y luego nos conduce hacia el cuartel general de SES. De inmediato, la bienvenida se transforma en el regalo de unos atuendos anaranjados (los mismos que visten los

voluntarios) que deberíamos lucir a la hora de filmar las diferentes actividades de este organismo.

Jane, Hari y yo, todavía cansados por el vuelo esperábamos con ansias un lugar para dormir que no fuera el asiento con las inscripciones de una línea aérea. Mientras Jane se acomodaba en el bar del cuartel, mi compañero mexicano y yo nos tomaríamos la tarde para llegar hasta la playa más cercana. Muy cerca de una fábrica, este lugar se vestía de ciencia ficción al mostrarnos con aquellos trajes anaranjados. Allí descansaríamos nuestros cuerpos, y Hari ensayaría movimientos de Yoga para aclimatarnos al nuevo uso horario.

De regreso, Laura gentilmente había organizado la estadía de los Odisíacos y durante aquella semana en Australia conviviríamos con los principales responsables de esta organización: los Voluntarios.

Así pues, al llegar la noche me trasladarían hacia un "Burger King", en donde mi futura familia festejaba el cumpleaños de su hijo mayor, Drew, de tan solo diez años de edad. El padre, Scott, junto a su madre, Jo, me darían la cordial bienvenida y me introducirían a todos los presentes. Mi cansancio era más que evidente, así que luego de la colorida torta, los tres deseos y las incansables velitas "mágicas" (aquellas que nunca se apagan), emprenderíamos el camino a mi nuevo hogar.

Ubicada en una zona residencial del departamento de Dapto, muy cerca del centro de Wollongong, una hermosa casa me recibía al borde de una colina. Scott, de la mano de sus dos hijos, me ayudaba con mi mochila y al entrar a la casa descubriría una grata sorpresa. Parte de ella estaba acondicionada para recibir huéspedes, encontrándome así con una serie de elementos que ya había olvidado: habitación propia, baño personal, cocina y una compartida "sala de juegos" a la cual los niños acudirían diariamente. Tan feliz como cansado, mi primer día en suelo australiano llegaba a su fin. Mi cuerpo se desplomaría en una cama de dos plazas y le daría descanso a mi mente por unas horitas nada más, ya que bien temprano a la mañana, un nuevo día de filmación nos esperaba.

"¡Gabriel, despierta que recibí una llamada! "

A pesar de lo extraño que suena, nuestro deseo como el de los voluntarios, era recibir una llamada de emergencia. Aquella que nos proporcionara al reportaje no solo una serie de entrenamientos de los cuales seríamos testigos a lo largo de nuestra estancia, sino el ejercicio real y la acción directa de los voluntarios.

Fue entonces cuando en la oscuridad de la noche, un poquito pasadas las 3am, el golpetear de la puerta de mi habitación me haría saltar de la cama. ¿Dónde estoy?, preguntaba mi mente dormida, buscando algún elemento que hiciera del ambiente familiar. Una voz masculina me ubicaría -Gabriel, we have a call...We will leave in five minutes -. Mi cerebro redescubría el origen de aquella voz. Scott se encontraba del otro lado de la puerta esperando una respuesta. Conclusión: ¡estás en Australia!

En un tiempo record de dos minutos, quince segundos, me encontraba vestido totalmente de naranja, estrenando mi equipo de emergencia en vistas a esta famosa llamada. Cada miembro voluntario de SES posee un móvil que llama a la asistencia de una emergencia. Y así fue como los tres, el móvil, Scott y yo, conduciríamos introduciéndonos en el silencio de la noche, transitando por calles desiertas que aumentaban el nivel de adrenalina en nuestra sangre. Mi mente jugaba tratando de adivinar el origen de la llamada. No habíamos escuchado ninguna tormenta, tampoco los vientos habían sido de gran escala. Asomé tímidamente mi rostro por la ventanilla pero todo parecía normal ¿Que podría ser?

Al llegar al lugar de la escena, varios vehículos de SES rodeaban la cuadra con sus coloridas luces. Hari y Jane ya se encontraban en el lugar del hecho y su decepción era tan visible como su falta de sueño. Es que aquella película que todos habíamos imaginado en nuestras cabezas se transformaría en una realidad un tanto absurda. Un árbol viejo se daba por vencido, habiendo dejado caer una de sus ramas sobre un extenso cable de alta tensión. Varios voluntarios envueltos en sus fosforescentes trajes, se hallaban presentes en la escena del crimen, despejando toda huella de naturaleza del camino. Nuestro equipo no pudo hacer otra cosa más que reír y de inmediato, a pesar del cansancio, tomaría sus únicas armas, la cámara y un micrófono para comenzar a capturar su primera misión.

El documental de Australia se completaría con entrenamientos y prácticas de rescate, algunos de ellos muy reales. Los Odisíacos, habíamos encontrado un nuevo nombre a nuestro equipo: "Family Bonanza", haciendo gala del nombre de un Super Combo de "Red Rooster", (una casa de comidas rápidas al mejor estilo australiano).

De esta manera y luego de una visita turística a la hermosa ciudad de Sydney, nos despediríamos de Australia. Con la mente ya puesta en nuestro próximo objetivo, abordaríamos un nuevo vuelo rumbo a Bruselas previa escala en Singapore.

### "This is the captain speaking"

Una vez en Singapore, nuestro moderno avión reposaría durante unas horas en la calurosa madrugada asiática. Horas que nos servirían para salir del encierro, recorrer un vacío aeropuerto y transitar interminables pasillos de alfombras azules y carteles en caracteres extraños.

Siendo todavía de noche, nuestra aeronave nos daba nuevamente la bienvenida y Hari, Jane y yo comenzábamos a acomodarnos para unas diez horas más de vuelo. Pero el avión se demoraría más de lo previsto y un correcto capitán nos informaría la causa del retraso: una falla en el aire acondicionado. Como resultado, los más de trescientos pasajeros debimos aguantar unas tres horas de encierro, atosigados por una ola de calor que hacía insoportable la espera. Horas que nos encontrarían molestos, exigiendo alguna explicación.

Pero para nuestra tranquilidad, el Capitán se haría escuchar nuevamente. Esta vez pidiendo disculpas e informándonos que la tripulación estaba lista para el despegue. Un pasaje exultante de alegría, aplaudía las hermosas palabras de aquel hombre. Pero la historia no llegaba a su fin. Las mismas dulces palabras nos comunicarían unos minutos más tarde que desde Londres no autorizaban el despegue del aparato por una nueva regla de seguridad ligada al retraso. ¿Entonces? Pues bien, el vuelo se programaría para la mañana siguiente.

Mientras todos los pasajeros se fastidiaban y comenzaban a utilizar

celulares para avisar a sus seres queridos de una segura llegada tardía, Hari, Jane y yo, festejábamos lo que se convertiría en un día entero en la esplendorosa Singapore. Recuerdo la sonrisa de Jane, quien nos avisaba que su hermano vivía en aquella ciudad, y que trataría de ubicarlo. También recuerdo como Hari, en la aduana singaporense, presentaba el pasaporte con su casco de SES (Australia) en la cabeza. Un detalle fosforescente que resaltaba a lo largo de la fila de pasajeros.

Así llegaríamos a nuestro alojamiento por una noche. Un lujoso hotel cinco estrellas a pocos metros del centro de la ciudad y sobre el histórico río Singapore. Aquel cuyas aguas cuentan historias cargadas de aventuras que poco tienen que ver con la ciudad que hoy lo rodea. El prestigioso hotel sería un lugar que nos brindaría la comodidad de tener habitaciones individuales y todas las comidas incluidas. Ni que hablar del famoso trago de bienvenida que se transformaría en más de una copa, acompañando unos riquísimos maníes que en diferentes formas adornaban la barra del bar. Así, el total de la tripulación nos perdíamos en el mundo de las cinco estrellas, portando graciosos distintivos rojos que nos iluminaban como: "Pasajeros en Tránsito".

Luego de un brutal almuerzo en donde el chef halagado vislumbraría nuestro hambre, Christopher, el hermano de Jane se haría presente dispuesto a enseñarnos la ciudad. El calor seco sería nuestra fiel compañía durante una larga caminata que atravesaba el centro de una moderna y avasallante Singapore. Por unas horas nos sumergimos en el barrio chino y concluimos en " Little India", área hindú que cuenta con una particular zona roja en donde todo está permitido.

Otro país más apuntábamos en nuestros mapas. Otras culturas, otros rostros, otros idiomas. Así llegábamos a una todavía otoñal Bruselas que nos iría preparando para nuestro siguiente destino: China.

"Wo ting bu dong" (No entiendo Mandarín)

Diecinueve aeropuertos, veintinueve despegues y aterrizajes y más de 150 horas de vuelo. La Odisea nos haría expertos a la hora de viajar. En las habituales

vueltas al Bunker, los Odisíacos comparáramos la atención de las diferentes aerolíneas. Discutiríamos acerca de sus aviones, comidas, y películas. O también de los asientos y sus diferentes almohadas y frazadas que más de uno mostraría alegremente cual trofeo de guerra. Los hombres sabrían de las mejores azafatas (Air Singapore por varios "cuerpos") y las mujeres nos hablarían de los coquetos aeromozos. La Odisea nos invitaba a soñar despiertos y luego de nuestro regreso a Bruselas de solo un día de estadía, otra decena de horas en el aire nos harían llegar a Shangai.

Me recuerdo perfectamente sentado en el avión carreteando hasta el lugar de desembarque ya en tierras Maoístas. Una azafata se encargaba de facilitar los datos del tiempo mientras todo el pasaje observaba atentamente, a través de las ventanillas de la nave, aquel edificio de imponente arquitectura que nos enseñaba un cartel de iguales proporciones avisándonos que estábamos en China Comunista. ¡Estoy en China, pellízquenme!

Mi amiga Jane era invadida por preguntas que no sabía responder. Su origen chino, la ubicaba en la región norte de ese país denominada Cantón. Sus padres le habían enseñado cantonés, pero increíblemente esa lengua poco y nada tiene que ver con el Mandarín. Jane viviría en carne propia la extraña idea de estar en su país de origen sin comprender absolutamente nada. Cada vez que una persona se quería comunicar con nosotros, la apariencia la dirigía a nuestra amiga, quién muy gentilmente levantando sus hombros pronunciaba una sola frase. Aquella que tuvo que aprender a la fuerza: "Wo ting bu dong" (No entiendo Mandarín). Una anécdota más de este mundo que no deja de ser increíble. Basta con contarles que una vez regresados y dentro del bunker nos daríamos cuenta que Shinya, el chico de origen japonés, sí podría leer y comprender algunas palabras en Mandarín. Asombroso, ¿no?

Pero volvamos a lo nuestro. Iba por...ah sí, descenderíamos del avión y lentamente comenzaríamos un recorrido por el aeropuerto de Shangai. Lo primero que debería apuntar acerca de aquel aeropuerto, es su temible orden y estructura, la cual hacen del edificio un gran pasillo de techos altos, y pocos inmuebles. Una sensación de grandiosidad comunista que contrastaba notablemente con aquella

música funcional que adornaba nuestro caminar: la tonada de la película "Reto al destino".

Luego de corroborar nuestras visas y cruzar la aduana sin mayores inconvenientes, encendimos la cámara como lo haríamos habitualmente, esperando encontrarnos con la persona del organismo a filmar. Pero lamentablemente, un malentendido quiso que nadie se encontrara allí y luego de una espera tediosa decidimos tomarnos el primer autobús con destino a nuestro hotel. Alojamiento que, como a lo largo de toda la Odisea, estaría a cargo de la ONG.

Y así fue como luego de los problemas típicos que unas personas que no hablan Mandarín pueden afrontar, encontraríamos el hotel Crowne Plaza a la vuelta de una esquina. El espectáculo de los hoteles cinco estrellas se haría presente nuevamente. Esta vez, confrontaría con nuestros sentimientos ya que la tarea voluntaria descansa en otros valores que nada tienen que ver con el lujo y la pasión por lo material.

Los tres dejaríamos nuestras mochilas descansando en el lobby del hotel y de inmediato preguntaríamos por nuestro contacto: una señora llamada Penny Rambacher con la cual manteníamos comunicación vía correo electrónico. Ella, efectivamente, se encontraba en el hotel y en poco menos de una hora, luego de leer el mensaje que le habíamos dejado en su habitación, nos encontraría en la planta baja del edificio, junto al bar.

Un poco confundida por el malentendido (un número mal anotado puede hacer estragos a la hora de saber el horario de un vuelo), se presentaría y comenzaríamos a planificar nuestra estancia en tierras asiáticas. Nuestro objetivo en términos de filmación involucraba a dos ONG estadounidenses que por primera vez desembarcaban en la China comunista. La primera, Airlines Ambassador y de la cual Penny es directora regional en Miami. Se trata de un organismo no gubernamental y voluntario que, siendo una rama de American Airlines, había sido fundada por una azafata de nombre Nancy Rivard en 1997. Su solidaria misión consiste en valerse de la extensa cantidad de viajes alrededor del mundo de la aerolínea para ayudar a la gente más necesitada. Proveyendo y entregando

personalmente alimentos, medicinas, ropa, y juguetes. Y contando a su vez con el trabajo y apoyo de casi tres mil miembros voluntarios que en su mayoría, forman parte del personal activo de la aerolínea.

Mientras Hari, quién sería el director de este documental, realizaba anotaciones en su cuaderno, un hombre se haría presente en la mesa del bar. Su nombre Joel Hodge, director de programas de nuestro segundo objetivo: la "Wheelchair Foundation". Un organismo no gubernamental, también norteamericano, que realiza un notable esfuerzo por suministrar sillas de ruedas a aquellas personas que más lo necesitan. Joel nos comunicaría que en ese momento, cifras oficiales sumaban más de 100 millones de personas conviviendo en este planeta con alguna discapacidad motriz. Es por eso que este organismo lucha, en conjunto con otras ONG's para lograr su primer propósito: entregar un millón de sillas de ruedas en cinco años.

Su fundador, el señor Kenneth Behring, es un multimillonario de la escala de Bill Gates pero sin su fama. En el año 2000 funda este organismo contribuyendo con más de quince millones de dólares, pero a pesar de ello, su mayor ambición se centra en subir la apuesta a la suma de 150 millones de dólares, alimentando al mundo de movilidad.

A esa altura podía ver en los rostros de mi equipo como lentamente toda la información que les era suministrada perdía total sentido. Nuestro cansancio era tan evidente que tanto Penny como Joel gentilmente decidieron ponerle fin a la charla y hacerle caso a nuestro reclamo de horas de sueño en posición horizontal, algo de lo cual los aviones nos habían quitado la costumbre.

A la mañana siguiente comenzaría el primero de unos nueve días de filmación. Nuestro equipo presenciaría durante su estadía, diferentes visitas y entregas solidarias. Acciones que se verían vigiladas muy de cerca por un gobierno chino un tanto reacio a que un grupo de "gringos" observaran la verdadera pobreza de su país. Así nos encontraríamos con visitas "guiadas" a los mejores orfanatos, hospitales y escuelas del mundo. La atención para con nosotros se dibujaría en los mejores banquetes en los más lujosos restaurantes de la ciudad. En resumen, la ayuda comunitaria de las organizaciones sería una

virtual puesta en escena que tanto los organismos norteamericanos como el gobierno chino habían preparado con notable efectividad. Un ejemplo claro sería una entrega de sillas de rueda en un barrio al sur de Shangai. Allí una dama, que en un principio se veía feliz y contenta por tan grato regalo, unos minutos más tarde la encontrábamos caminando a paso ligero por los pasillos de la comunidad, transportando su nuevo móvil.

Pero nuestro equipo estaba feliz de estar en Shangai y recorría la ciudad embelesado con aquella metrópolis de carácter futurista que nos hacía recordar a un Harrison Ford en "Blade Runner". Los edificios, las luces, la bahía... Todos elementos que nos hicieron ver en Shangai a un país que como dicen ellos, todavía lucha por llegar al comunismo. Un comunismo que mucho tiene y que ver con el libro rojo de Mao, pero que más nos habla de otro libro: el de la globalización.

Nuestro mapa del mundo se achicaba en cuanto a distancias pero se agrandaba infinitamente en cuanto a lugares a conocer. Jorge nos había llamado a la habitación del hotel para avisarnos que otro destino más estaba confirmado en la Odisea del Voluntariado. El Continente Africano nos aguardaba y nosotros no lo podíamos creer. Odisea se llama...

### "SIRPAX"

Para comenzar a relatar nuestra quinta escala en la Odisea, preferiría contarles que cada vez que hablo de nuestro viaje a Camerún, mi mente comienza a recordar aquella primera impresión durante el vuelo sobre tierras centro africanas.

Nos elevamos rumbo a la capital camerunés, Yaoundé, desde una lluviosa París, realizando una corta escala en Douala, la segunda ciudad en importancia de Camerún. Recuerdo que de aquella ciudad a la capital solo tuvimos unos treinta minutos de vuelo. Suficientes para invadir nuestros ojos con la sabana africana. Aquel paisaje desde el aire no hablaba más que de una libertad salvaje. El avión flotaba sobre un cielo primitivo que en sus nubes dejaba ver una fiereza indomable. Mientras el sol lentamente comenzaba a ocultarse y sus últimos

destellos de luz transparentaban nuestros ojos en aquella belleza. Miles de documentales miramos, millones de imágenes y revistas nos hablan de aquel continente. Pero todo aquello moría. Mi mente borraba toda imagen preconcebida y daba permiso para cargar su disco rígido con imágenes nuevas. Si alguna vez había soñado con visitar África ésta era mi oportunidad. Nada de lo que nadara en mi mente se compararía con la realidad de pasar aquella semana en Camerún. - Es un sueño- me diría Hari, mientras compartía conmigo la visión desde la ventanilla del avión. Si que lo era...

Nuestro equipo tenía la difícil tarea de seguir la acción de un organismo que bajo la tutela del Agente Humanitario, Paterne Raoul Biapan, lleva a cabo en la capital camerunés. SIRPAX, como se lo conoce, Servicio Internacional para los Refugiados y la Paz, tiene la espinosa labor de lidiar con uno de los principales problemas de aquel continente: el de los refugiados.

Situado a orillas del mar Atlántico, en la costa occidental del continente africano, Camerún es uno de los pocos países en paz que habitan el corazón del África. Pero en tan solo veintiséis años, el número de refugiados en aquel continente se ha multiplicado calculándose en siete millones el número de personas que migran de sus países en busca de una vida mejor.

Camerún se ve afectado por un continente rodeado de conflictos. Por ejemplo, en 1980 los problemas de su país vecino, Tchad, trajeron más de cien mil personas escapando de una cruel guerra civil, encontrando en suelo camerunés, la tan ansiada paz. Del mismo modo las conflictivas situaciones en Rwanda, Sudán, Congo, Gabón, Sierra Leona, Liberia, Angola y la más cercana, África Central, alimentan la población refugiada en Camerún.

Pero el problema principal de este drama radica en la legalidad de aquellas personas. Un número escalofriante nos dice que solo el 12% de los refugiados son reconocidos como tales por Naciones Unidas y poseen la protección oficial del gobierno Camerunés. ¿Pero que ocurre con el restante 88%? El problema legal de los refugiados sigue siendo una amenaza real para aquellas familias. SIRPAX lucha contra corriente, exigiendo una correcta legislación para detener de una buena vez la discriminación hacia los refugiados. Familias enteras viven al margen

de los derechos humanos, sin contar con los estatutos básicos de la vida como lo son el derecho a la educación, a la salud y al trabajo. Viviendo en condiciones infrahumanas sin un techo digno que los cubra, agua potable o siquiera electricidad.

Bajo estas condiciones, el crimen comienza a ser una fuerte tendencia en suelo Camerunés. ¿Puede uno asombrarse? La situación hoy desborda al gobierno y a las Naciones Unidas que siguen velando por intereses propios mirando hacia un costado.

"Paseo en un auto rojo deportivo  
por el centro de Yaundé"

13 de abril de 2002. Descendemos del avión y una ola de calor nos abrazaba dándonos la bienvenida. Al llegar a la aduana mi cuerpo comienza a sudar. Mi mente le comunica que ha olvidado el boleto de entrada a Camerún: el comprobante de vacunación contra la fiebre amarilla. Una mujer me lo pide, no sé que decir. Me resguardo en mis compañeros de equipo quienes me dicen que no me preocupe. La mujer hace seguir la cola y se olvida de mí. Primer escollo resuelto. La fila avanza haciendo sellar sus pasaportes y mostrando aquel maldito cartón amarillo que dejé en el Bunker. Lo había transportado todos los viajes en vano y justo ahora me lo vengo a olvidar.

Llega mi turno. Me muestro tranquilo, miro a los ojos a aquel hombre que comprueba la veracidad de mi foto. Toma su sello y sin hacerme ni una pregunta cierra mi pasaporte y me deja ir. ¡Merci beaucoup! Todos pasamos sin ningún inconveniente.

Las valijas comienzan a dar vueltas en busca de dueño y nuestro contacto del organismo, Paterne Raoul Biapan, se hace presente para ayudarnos. Su hermano, Steve, junto a varios amigos nos esperan en el estacionamiento del aeropuerto. Todos ellos son miembros del equipo local de Yudooca del ejército. Jane me comenta al oído: -Tenemos guardaespaldas -.

Allí conocemos a Pierre, un hombre alto y corpulento que estaba

disfrutando de sus vacaciones, luego de todo un año de trabajo en París. El sería nuestro "chofer" oficial durante nuestra estadía y todos los días nos transportaría junto a Paterne en su auto deportivo rojo de dos puertas, aquel que dejaba salir una música rap a todo volumen y nos ubicaba como sardinas en la parte de atrás.

Nos presentamos cariñosamente y en dos carros partimos hacia nuestro hospedaje, la casa de la familia de Paterne. Ubicada a pocos minutos del centro de la ciudad, un barrio de casas bajas y humildes se esconde entre senderos de tierra y barro. Haciéndonos paso entre la oscuridad, los "blancos" como nos llamarían, llegábamos a nuestra nueva morada. Una cena típica nos esperaba junto al resto de la familia. Cerveza lo cal y platos combinados de arroz, pollo, una exquisita especie de tubérculo y otra verdura hasta allí desconocida (para nosotros, claro está) adornaban la mesa. Experiencia única, la de convivir con una familia en Camerún, alejándonos de cualquier vestigio turístico, compartiendo pensamientos, opiniones y tratando de comprender realidades distintas de este mundo.

El idioma oficial de Camerún es el francés, pero solo Hari sería el único dueño de aquel idioma. Para alegría nuestra, el inglés también era comprendido pero lo más gracioso sería que Papi, el hermano de Paterne, tenía conocimientos avanzados de italiano. ¿Alguna vez imaginaron ir a Camerún y hablar en italiano? Pues bien, aquel idioma gracias a su cercanía con el español, nos serviría como puente de comunicación.

Una vez instalados en nuestro nuevo hogar conviviríamos los primeros días en tierras africanas. Allí despertaríamos cada mañana con los sonidos y la música del barrio, desayunaríamos café con leche junto a unos huevos revueltos y pan. Y allí también nos turnaríamos para tomar una ducha de agua fría compartiendo el baño con dos grandes arácnidos huéspedes.

A lo largo de nuestro reportaje buscaríamos para nuestro documental aquella persona interesada en contarnos su historia. No era una misión fácil. El miedo de los refugiados muchas veces nos alejaba de nuestros objetivos y nuestra herramienta mediática, la cámara, significaba un problema a la hora de filmar. Muchas veces debimos dar explicaciones ante una toma y Paterne tuvo que

salvarnos ante una multitud enardecida. Lo mismo ocurriría con la cámara fotográfica y Hari pasaría un mal momento luego sacar unas fotos sin pedir permiso. Culturas son culturas y Paterne nos explicaría que lo que vivíamos significaba mucho más que una anécdota. La simple identificación de las personas a través de la foto carnet en África, muchas veces se torna un dolor de cabeza, ya que los ciudadanos se niegan a ser fotografiados.

### "El mejor cero a cero de mi vida"

La despedida nos brindaba una grata sorpresa. Aquel domingo lluvioso de abril, Paterne junto a su hermano nos llevarían al estadio local, para presenciar un partido de la Copa Africana de equipos entre un conjunto de Camerún y otro de su país hermano, Gabón.

Un taxi nos acercaría a ese ovalo de cemento que se elevaba en el medio de un llano, cual película futurista. La lluvia y la falta de parabrisas en el vehículo hacían del viaje todo un safari. - Al estadio, ¿no? - Nos decía el chofer ensayando una sonrisa privada de dientes. La radio del carro anunciaba el comienzo del partido. Llegábamos tarde, pero a nadie parecía importarle. Otro detalle de la tranquila vida Camerunés - murmuraba Paterne.

Luego de una parada obligatoria para cargar un nuevo pasajero (los taxis en Camerún se comparten), llegábamos al monumental terreno de juego. Allí estaba, una estructura gigantesca que contrastaba notablemente con el descampado a su alrededor. Una olla de cemento que hacía su aparición luego de una colina, como caída del cielo e incrustada en un valle.

Paterne compraría las entradas, algo así como tres mil Francos Camerunenses, es decir, un dólar americano. Haciéndonos paso entre el barro y una multitud que llegaba tarde al encuentro, subimos las escaleras que nos conducirían a nuestra ubicación: una tribuna lateral baja y techada.

El sentimiento que gira alrededor de este hermoso deporte es el mismo en cualquier parte del mundo. La atmósfera se vestía de pasión: cánticos, banderas, silbidos, risas... el lenguaje mundial del fútbol. Pero a diferencia de la cobarde

violencia a la que me tenía acostumbrado Argentina, en aquel estadio reinaba la paz. La violencia se transformaba en canciones tribales que adornaban aquella catedral del fútbol. Mis amigos estaban embelesados con la experiencia que nos tocaba vivir, yo también. Creo que no miramos el partido, simplemente nos emborrachamos de alegría, mezclándonos entre la gente, saltando y bailando en las gradas.

El partido llegó a su fin y los dos equipos salieron del estadio por la misma puerta que los espectadores. Ningún problema. Una fiesta a base de tambores comenzaba en las afueras, festejando la caída del sol y un paisaje imponente que nos avisaba el fin de aquel día. Nosotros nos despedíamos con un "hasta siempre" de Camerún, invadidos por una sensación de euforia luego de haber vivido el mejor cero a cero de nuestras vidas.

El reportaje concluiría y nuestro personaje principal sería la dificultad para llevar adelante nuestro documental. África se despedía de nosotros y nosotros volaríamos hacia Bruselas para transportar nuestros sueños hacia tierras Latinoamericanas.

### El único país sudamericano de habla inglesa

Área: 216.000 Km. cuadrados

Temperatura media: 27° C

Moneda: Dólar de Guyana

Zona horaria: -4 horas GMT

Electricidad 110 voltios, 220 voltios

Código Telefónico : 592

Diarios: Guyana Chronicle, Stabroek News

Estación de radio: La voz de Guyana (98.1 FM)

Religión: Cristianismo, Hinduismo, Islamismo

Guyana Británica se encuentra escondida, descansando en el hombro de nuestra mayúscula AMERICA. Es efectivamente el único país sudamericano, en

donde el inglés no solo forma parte de la vida cotidiana, sino que también es el idioma oficial. Hacia allí, nuestro equipo se dirigiría teniendo como principal objetivo una serie de ONG's que trabajan enfrentando la difícil situación que vive la población hoy en día con respecto al virus del SIDA.

A nuestro regreso de tierras africanas, Hari iría a solucionar algunos temas de trabajo a España, mientras que Jane y yo prepararíamos todo lo necesario (incluyendo mi visa) para cruzar el océano rumbo a Latinoamérica. Un 24 de abril del 2002, viajaríamos a Londres para tomar nuestro vuelo a tierras guyanesas, una escala que terminaría haciendo gala de nuestra sana costumbre de perder vuelos.

Al subir al minúsculo avión de Brussels Airlin es en el aeropuerto belga, un tímido capitán nos informaba que deberíamos aguardar el permiso de la torre de control londinense, ya que la niebla hacía imposible el tráfico aéreo por aquella zona. El tiempo transcurriría sin ninguna novedad y los Odisíacos llegarían demasiado tarde a Londres para hacer la combinación rumbo a Sudamérica. Su vuelo acababa de despegar y la Odisea les había guardado otra sorpresa.

Nuestros boletos de avión debieron ser impresos nuevamente proporcionándonos una nueva fecha para la mañana del 25 de abril, es decir, al otro día. Entrenados por la experiencia de los aeropuertos rogamos a la compañía belga por asilo, comida y transporte hasta la salida de nuestro nuevo vuelo. Luego de una hora de acaloradas discusiones y regateos, todos aquellos elementos solicitados nos fueron cedidos, y así pasaría mi primer tarde en Londres. Irónicamente, a pleno sol y lejos de todo indicio de niebla.

A la mañana siguiente un refinado taxi nos pasaría a buscar y sin ningún inconveniente tomaríamos nuestro avión rumbo al caribe continental. Un aparato que, nota a parte, parecía sacado de la Segunda Guerra Mundial y en el cual todos hicimos fuerza de algún modo para que despegara. Nuestro faltante integrante de equipo, Hari, todavía se encontraba en tierras españolas y se nos uniría con dos días de retraso.

"¡Hay caramba!"

La misión de nuestro anteúltimo viaje era introducirse en el mundo de la lucha por educar a un país desinteresado por la palabra SIDA. El incremento de la población guyanesa afectada por este virus es alarmante pero el desconocimiento de su significado es aún peor.

Una vez en el aeropuerto de Georgetown, y tras una escala en Barbados, un cartel con nuestros nombres surgía entre la multitud. Me despedí gentilmente de aquel joven norteamericano que sin saber por qué, en su casi perfecto español agregaba al final de cada frase un "hay caramba" que arruinaba toda su naturalidad idiomática.

Julia, un apático contacto se escondía bajo aquel cartel e inmediatamente, como quien no quiere la cosa, nos llevaría a nuestro lugar de estadía. Un nuevo atardecer moría embelesado por el resplandor de la luna y la noche le ganaba a una Guyana que, con un ochenta por ciento de su tierra aún deshabitada, nos daba la bienvenida con la música que solo la selva puede tocar.

Luego de casi una hora de viaje descubriendo por primera vez los olores y sonidos de un territorio nuevo, atravesaríamos Georgetown para llegar a nuestro nuevo hogar. Una hermosa casa de madera al mejor estilo caribeño se presentaba serena, aguardándonos. La comodidad nuevamente sería nuestra: tres habitaciones con mosquitero, baño, cocina, heladera y un living con televisor a color. La mueca de felicidad que invadía nuestras caras debió ser más que clara. Julia simplemente nos daría dos juegos de llaves y se despediría hasta el otro día deseándonos las buenas noches.

Jane y yo recorríamos los ambientes sin poder sacarnos aquella sonrisa de nuestros rostros. Estábamos en Guyana luego de un hermoso día en Londres y disfrutábamos de la independencia de tener casa propia. La Odisea cerca de su final, continuaba brindándonos emociones nuevas.

A la mañana siguiente, nuestra primer jornada de trabajo comenzaría. Los dos Odisíacos a la espera de Hari recorreríamos aquellas organizaciones de carácter voluntario que se habían hermanado para formar verdaderos ejércitos educativos, atacando la falta de cultura y fortaleciendo las fronteras de este virus que lucha por expandirse.

La educación juega un rol fundamental en los objetivos de las organizaciones. Varios relatos nos harían saber que no solo el uso de preservativo y el cuidado ante relaciones casuales son la base principal de la enseñanza. Todavía una parte importante de la población confía en poder curarse la enfermedad manteniendo relaciones con niñas vírgenes, propagándose así el virus entre los más jóvenes. Como estas historias encontraríamos varias a lo largo de nuestra estadía, comprendiendo la complejidad del problema.

Todos estos datos nos hablan de una cadena difícil de romper. Un grave problema que afecta aquella región y en donde los voluntarios recorren las calles decididos a cambiar la historia. Muchos de ellos, han perdido un amigo o algún familiar a causa de la enfermedad y saben muy bien que ésta no discrimina.

Así fue como la hermosura del paisaje subtropical contrastaría notablemente con las enormes dificultades y carencias que habitan en aquella zona. Nuestro equipo captaría todo el esfuerzo voluntario y regresaría a Bruselas para continuar con su programa. El cansancio era evidente, pero también es cierto que nos habíamos mal acostumbrado a esta forma de vida: recorrer el mundo filmando...

### "Madagascar no, Isla de La Reunión sí "

La Odisea lentamente llegaba a su fin. Sin darnos cuenta, casi tres meses habían pasado desde aquella solitaria llegada a mediados de febrero y solo restaba nuestro último destino: Madagascar. Pero una vez en Bruselas, Jorge nos daría la mala noticia de que aquel país ya no estaría en nuestros planes. La situación política reinante hacía imposible cualquier visita por aquellos días y habría que definir un nuevo sitio sobre la marcha.

Jorge tenía un as bajo la manga en su desgastado traje. Nuestro equipo tendría que recurrir a aquel primer pasaje con destino al África, pero en lugar de hacer escala en la isla de La Reunión y luego seguir viaje rumbo a la misteriosa Madagascar, "Family Bonanza" finalmente se quedaría en aquella mítica isla para realizar su último reportaje.

Faltando solamente un día para nuestra partida, Jorge y la herramienta por excelencia de la Odisea, el ciberespacio, nos facilitarían nuestro último objetivo: Ferme Corail, una organización no gubernamental que vela por el cuidado de la tortuga marina en la Isla de la Reunión, realizando un trabajo en conjunto con voluntarios.

Antes de nuestra partida, uno de nuestros miembros más preciados dejaría el equipo. Hari Camino, volvía a México para seguir con su vida sin la "Odisea" y un nuevo compañero se sumaría a nuestras filas. Emmanuel ó Manu como lo llamaríamos, del país africano de Tchad, nos acompañaría durante aquellos maravillosos trece días en la isla de La Reunión. Esta vez, realizaríamos nuestro viaje junto al equipo de Sandra Camps de España y Barnabas Toth de Hungría quienes habían reintegrado a nuestro primer amigo Odisíaco, Dishad Husein, para esta última aventura. A ellos también les tocaría abandonar el objetivo Madagascar, sustituyéndolo por una gloriosa Isla Mauricio.

Así fue como un lunes 6 de mayo del año 2002, seis miembros de la Odisea partían rumbo a una Isla al sur del África. Un pedazo de tierra que pese a estar a once horas de continente europeo, pertenece a Francia. La Ferme Corail está situada al norte de una pequeña villa pesquera de nombre Saint -Leu en aquella isla que también lleva el nombre de Isla Tortuga. Este peculiar apodo no solo se vale por el contorno de esta magnífica tierra sino también por la abundante cantidad de tortugas marinas que acostumbraban a vivir allí.

Los primeros marinos en pisar tierras Cróeles, hablaban de un paraíso terrenal, hogar de un sin fin de tortugas marinas. Durante su ocupación, en el siglo XVII, los barcos de bandera francesa aprovechaban la naturaleza de la isla para nutrir sus navíos de provisiones: agua fresca, frutas, carne y también tortugas. Así pues, estos pacíficos animales fueron perdiendo su hermoso paraíso y poco a poco su enemigo, el hombre, fue apoderándose de todo. La isla iría perdiendo sus reservas.

Cinco de las ocho especies de tortugas marinas habitan la costa del mar Indico. Pero hoy en día la urbanización y la falta de interés por parte de la sociedad hacen peligrar a varias especies de este noble y mítico animal que

cuenta con una historia de más de ochenta millones de años. Es por eso que la Ferme Corail lucha por volver a aquellos memorables días redescubriendo a la Tortuga Marina. Su misión va más allá del estudio biológico de esta especie y el educar a la población es su principal objetivo.

Jane, Manu y yo conviviríamos a lo largo de nuestra placentera estancia. Primero, en un camping que gentilmente había sido ofrecido por la organización y que a los pocos días deberíamos abandonar a causa de las inusuales lluvias, aguaceros que impedían resguardar nuestros valiosos equipos de filmación. Así fue como nos mudaríamos a la montaña, siendo testigos del lugar en donde descansan los dioses y donde los atardeceres cobran dimensiones mágicas. Una cabaña pequeña pero de gran comodidad nos alojaría durante el resto de nuestra estadía.

Descubriríamos la isla de la mano de nuestro pequeño auto alquilado y nuestros ojos brillarían ante la hermosura y la biodiversidad de esta tierra de ensueño. Días maravillosos descansando y aprendiendo de la nobleza de la tortuga. Aquella que nada miles de kilómetros para comenzar un nuevo ciclo de vida desde el mismo lugar que la vio nacer.

Cientos de huevos serán enterrados bajo una tibia frazada de arena, que servirá de cobijo para dar vida a las diminutas crías. Pequeñas vidas que sufrirán varias bajas antes de alcanzar la mar. La síntesis perfecta de la palabra Odisea. La historia de una especie de la cual debemos aprender, un animal prehistórico que sobrevive y sueña con rescatar a este mundo. Es que la mitología ya lo decía, las tortugas son la guardia imperial de este planeta y cargando al mundo sobre su caparazón nos enseñan a cuidar la naturaleza.